



Quizás no haya otro tema en toda la Biblia más incomprendido y mistificado que el de la obra del Espíritu Santo. La persona promedio considera al Espíritu como una fuerza intangible que no se puede entender.

Permítanme sugerirles que el Espíritu Santo es una persona. Es una persona, al igual que el Padre y el Hijo son personas. Cada uno de estos tres es una persona, y cada uno tiene su propia obra que realizar en el plan de la redención. Sin embargo, todos son uno. Son uno, como el esposo y la esposa. Ellos mantienen sus identidades separadas, pero son uno en propósito, meta y objetivos a alcanzar. El Espíritu Santo de la Versión Revised American de la Biblia es el Espíritu Santo de la versión King James.

El lenguaje que a veces se usa indica que las personas malinterpretan al Espíritu Santo. “Recibir el Espíritu Santo” no es una expresión Bíblica. Que la gente espere que el Espíritu Santo descienda y los convierta de

sus caminos pecaminosos se debe a una mala interpretación de la enseñanza Bíblica sobre este importante tema. Que la gente espere ser capaz de *hacer milagros* al recibir el Espíritu Santo también se debe a una idea errónea. Les ruego que tomen su Biblia y estudien con paciencia estos temas con nosotros.

La obra dada al Espíritu Santo es *revelar* el gran plan de salvación de Dios. Dios originó el plan, Jesucristo lo ejecutó y el Espíritu Santo lo reveló a hombres y mujeres. Al realizar su gran obra, el Espíritu Santo recordó a los apóstoles todo lo que Jesús les había enseñado (Juan 14:26). Estas cosas no fueron confiadas a la memoria falible de ellos. Los guio a la verdad completa, asegurándose de que no cometieran ningún error en lo que enseñaban. Les permitió realizar milagros para probar a sus oyentes que lo que decían era la verdad.

Al realizar esta gran obra, la Biblia nos habla de tres manifestaciones del Espíritu: el

bautismo del Espíritu; los dones milagrosos del Espíritu que permiten realizar milagros; y, finalmente, el don del Espíritu Santo del que habló Pedro en Hechos 2:38. A continuación, analizaremos cada uno de ellos con más detalle.

Mientras Juan el Bautista predicaba a orillas del Jordán, dijo: «Yo a la verdad os bautizo en agua para arrepentimiento; pero el que viene tras mí, cuyo calzado yo no soy digno de llevar, es más poderoso que yo; él os bautizará en el Espíritu Santo y fuego» (Mateo 3:11). Así, Juan prometió un bautismo del Espíritu Santo. Quienes lo oyeran predicar iban a gozar de él. Después de la resurrección, al dar su encargo de despedida a los discípulos, Jesús dijo: «Porque Juan ciertamente bautizó con agua, más vosotros seréis bautizados con el Espíritu Santo dentro de no muchos días» (Hechos 1:5). Así vemos el bautismo en promesa.

Todos coincidimos en que el cumplimiento de esta promesa se produjo el día de Pentecostés, cuando

“de repente vino del cielo un estruendo como de un viento recio que soplaba, el cual llenó toda la casa donde estaban sentados; y se les aparecieron lenguas repartidas como de fuego, asentándose sobre cada uno de ellos. Y fueron todos llenos del Espíritu Santo, y comenzaron a hablar en otras lenguas, según el Espíritu les daba que hablasen” (Hechos 2:2-4).

Este bautismo del Espíritu tuvo sus manifestaciones externas. Sirvió para convencer a los Judíos de que las cosas dichas por Pedro eran la verdad; de este modo, se abrió la puerta del reino para que pudieran ser salvos. Los apóstoles fueron quienes recibieron este bautismo.

Un Segundo ejemplo del bautismo del Espíritu Santo tuvo lugar en Hechos 10 en la casa de Cornelio. Nuevamente tuvo sus evidencias externas. Ellos hablaron en lenguas. En Hechos 11, Pedro dice que fue el Espíritu Santo cayó sobre ellos “como sobre nosotros al principio” (Hechos 11:15). En este caso, fue derramado sobre Gentiles incrédulos, pero no produjo fe en ellos. Pedro les predicó con este propósito. El derramamiento del Espíritu convenció a Pedro y a los demás Judíos de que los Gentiles no debían ser llamados comunes ni inmundos.

Ahora conviene hacer algunas observaciones sobre el bautismo del Espíritu. Podía ser visto y atestiguado por quienes no lo recibieron. “ha derramado esto que veis y oís” (Hechos 2:33). Fue directamente del cielo sin ninguna persona o agente que interviniera. Ellos no oraron por él. Simplemente cayó sobre ellos. Estos ejemplos del derramamiento del Espíritu Santo se usan incorrectamente cuando se usan como prueba de que las personas son perdonadas por la influencia inmediata, directa y sobrenatural del Espíritu Santo. Estas personas no fueron perdonadas por la recepción del Espíritu Santo. El bautismo del Espíritu Santo nunca se usó así. Estos ejemplos también se usan incorrectamente cuando se usan como prueba de que las

personas son perdonadas antes del bautismo. El bautismo del Espíritu Santo no tenía *nada* que ver con el perdón de los pecados del receptor. En cada caso de este bautismo, había un propósito específico que cumplir. Abrió la puerta del reino a los Judíos en el día de Pentecostés al convencerlos de que Pedro estaba diciendo la verdad. Abrió la puerta a los Gentiles en la casa de Cornelio al convencer a los Judíos de que los Gentiles no eran impuros.

Ahora bien, si Dios tenía otro mundo Gentil y los apóstoles no comprendieron que el Evangelio debía ser llevado a ellos, podría haber otro derramamiento para convencerlos de que no debían llamar a los Gentiles comunes o impuros. Como esto no es verdad, la historia de dos mil años no ha proporcionado otros ejemplos que estos dos mencionados. Usted no necesita esperar el bautismo del Espíritu Santo. Hay un bautismo (Efesios 4:5), y es el bautismo en agua, no el bautismo en el Espíritu Santo.

Una Segunda Manifestación del Espíritu Santo son los Dones Milagrosos. Estos dones son lenguas, conocimiento, profecía; y los demás sobre los cuales pueden leer en 1 Corintios 12. Hay dos ejemplos en el Nuevo Testamento de estos dones impartidos. Uno está en Hechos 8, cuando Pedro y Juan descendieron de la Iglesia en Jerusalén e impusieron las manos sobre los nuevos conversos en Samaria. El segundo está en Hechos 19, donde Pablo impuso las manos sobre algunos en Éfeso. Hay ciertas características de este poder que uno debe tener en cuenta. Fue conferido por la *imposición de manos* de los apóstoles. Nunca se le llama bautismo en la Biblia.

A diferencia del bautismo, esta medida no necesariamente se ve ni se oye; No venía acompañado de fuertes sonidos ni lenguas de fuego repartidas. Pero permitía al receptor hablar en lenguas, obrar milagros, tener conocimiento milagroso y otras cosas relacionadas.

Este poder solamente se transmitía a mediante la imposición de manos de los apóstoles. La persona que lo recibía no podía ir e impartirlo a un tercero. Que esto es verdad se ve por el hecho de que Felipe, que no era un apóstol, no pudo impartirlo a los Samaritanos. Más bien, Pedro y Juan tuvieron que descender de Jerusalén para hacerlo. Esta medida del Espíritu no tenía conexión con el perdón de los pecados. No tenía nada que ver con la comunión en la Iglesia. Estas personas en Samaria ya disfrutaban del perdón y la comunión en la iglesia antes de que Pedro y Juan descendieran. Esta medida del Espíritu siempre fue transmitida después del bautismo. Fue otorgada solamente a los Cristianos, pero no todos los Cristianos la recibieron. Simón el Mago fue uno de los que no la recibió en Samaria (Hech.8:18-24). Parece que los apóstoles se la dieron algunos elegidos.

Ahora bien, les ayudará a comprender esta medida del Espíritu si tienen presente que los milagros realizados en el primer siglo siempre sirvieron como *credenciales* de los oradores. Sus palabras no podían ser probadas por la palabra escrita. El Nuevo Testamento aún no se había escrito. Pero cuando un hombre *podía* realizar un milagro, sus palabras se consideraban verdaderas. En Samaria, la Iglesia llevaba establecida suficiente tiempo como para que ya no

necesitará estar bajo la dirección del inspirado Felipe. Para que estos nuevos predicadores no tuvieran que confiar en sus recuerdos imprecisos, Pedro y Juan les impusieron las manos. De este modo, recibieron conocimiento milagroso y los demás dones.

Que esta medida del Espíritu debía llegar a su fin debería ser ya evidente para todos. Todos los apóstoles murieron; no había nadie que impusiera las manos a los nuevos. Todos aquellos a quienes se les impusieron las manos murieron, por lo que los milagros cesaron. Y así debe ser, pues antes de que murieran los apóstoles, se escribió el Nuevo Testamento. Ahora todo lo predicado puede ser probado por la palabra escrita. Si concuerda, es verdad; si no, es mentira. Las lenguas, las profecías y el conocimiento milagroso *dieron* paso entonces a la palabra escrita. La palabra había sido confirmada durante su existencia. Los acontecimientos de la historia, una vez confirmados, no necesitan confirmación adicional. Si tuviéramos milagros hoy, no podrían añadir *nada* a la confirmación de la palabra.

La Tercera medida del Espíritu Santo se llama el “don del Espíritu Santo”. Este don se promete a todos los creyentes obedientes. Esto se evidencia al leer las siguientes Escrituras: “Arrepentíos, y bautícese cada uno de vosotros en el nombre de Jesucristo para perdón de los pecados; y recibiréis el don del Espíritu Santo” (Hechos 2:38). “Y la esperanza no defrauda; porque el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos fue dado” (Romanos 5:5). “Y nosotros somos

testigos suyos de esas cosas; y también el Espíritu Santo, el cual ha dado Dios a los que le obedecen” (Hechos 5:32). “¿O ignoráis que vuestro cuerpo es templo del Espíritu Santo, el cual está en vosotros, el cual tenéis de Dios, y que no sois vuestros?” (1 Cor.6:19). “¿No sabéis que sois templo de Dios, y que el Espíritu de Dios mora en vosotros?” (1 Cor.3:16). “Así que, el que desecha esto, no desecha a hombre, sino a Dios, que también nos dio su Espíritu Santo” (1 Tes.4:8). “Y el que guarda sus mandamientos permanece en Dios, y Dios en él. Y en esto sabemos que él permanece en nosotros, por el Espíritu que nos ha dado” (1 Jn.3:24).

Este don del Espíritu Santo se refiere a la morada del Espíritu Santo en nosotros, mediante la cual producimos sus frutos, y sin la cual no somos de Cristo.

El don del Espíritu Santo no se da al incrédulo. Refiriéndose al Espíritu Santo, Jesús dijo: «el cual el mundo no puede recibir» (Juan 14:17). Esto significa que el Espíritu no se da a nadie antes de que se convierta en Cristiano. El don del Espíritu Santo no se da a nadie para hacerlo Cristiano, sino que se le da porque es él un Cristiano. «Y por cuanto sois hijos, Dios envió a vuestros corazones el Espíritu de su Hijo, el cual clama: ¡Abba, Padre!» (Gálatas 4:6).

¿Cuál es el valor de este don del Espíritu Santo? ¿Qué le permite al hombre hacer? Le permite desechar las malas obras del cuerpo, — expulsarlas de su vida. «Porque si vivís conforme a la carne, moriréis; mas si por el Espíritu hacéis morir las obras de la carne, viviréis» (Romanos 8:13). Sin la ayuda del

Espíritu, simplemente no se puede lograr. El don del Espíritu Santo nos permite comenzar a producir el fruto del Espíritu en nuestra vida. «Mas el fruto del Espíritu es amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, fe, mansedumbre, templanza; contra tales cosas no hay ley» (Gálatas 5:22-23). Puesto que existe una ley en el mundo según la cual todo produce según su especie, sin el Espíritu en nuestro corazón, sería imposible producir el fruto del Espíritu.

Este da testimonio a nuestro espíritu de que somos hijos de Dios. “El Espíritu mismo da testimonio a nuestro espíritu, de que somos hijos de Dios; Y si hijos, también herederos; herederos de Dios, y coherederos de Cristo, si es que padecemos juntamente con él, para que juntamente con él seamos glorificados” (Romanos 8:16-17).

Algunos interpretan este versículo como si el Espíritu *diera* testimonio a nuestro espíritu; pero observen que *da* testimonio a nuestro con nuestro espíritu. Dios no le daría el Espíritu a quien no haya obedecido. Si uno deja de obedecer, este Espíritu que mora en él se apartará de él. Su presencia es prueba de que es un hijo de Dios. Entonces, su propio espíritu le indica cuándo ha obedecido los mandamientos tal como los encuentra escritos; de este modo, *ambos* dan testimonio juntos. El Espíritu intercede por nosotros. «Y de igual manera el Espíritu nos ayudó en nuestra debilidad; pues que hemos de pedir como conviene, no lo sabemos, pero el Espíritu mismo intercede por nosotros con gemidos indecibles» (Romanos 8:26).

Finalmente, este Espíritu nos sirve como garantía de que Dios nos resucitará a la vida

eterna. Si realizas una compra y no puedes pagarla en su totalidad, das un anticipo como garantía de que pagarás el resto. El Espíritu Santo que mora en nosotros es la garantía de Dios de la vida eterna. «el cual también nos ha sellado, y nos ha dado las arras del Espíritu en nuestros corazones» (2 Corintios 1:22). «Mas el que nos hizo para esto mismo es Dios, quien nos ha dado las arras del Espíritu» (2 Corintios 5:5).

Amigos, Dios no les ha prometido el bautismo del Espíritu Santo. No les ha prometido convertirlos mediante un milagro. «agradó a Dios salvar a los creyentes por la locura de la predicación» (1 Corintios 1:21). Dios no les ha prometido que recibirán poder para hacer milagros mediante la imposición de manos. Pero sí les ha prometido el don del Espíritu Santo si le obedecen. Las condiciones se mencionan en Hechos 2:38. Les rogamos a que le obedezcan sin demora.

— Fuente: **Radio Gospel Meeting**

Abril 22, 1943

(Págs.85-91).

Reimpreso por Hester Publications,
2016

Publicado en el Sitio
el día 17 de Abril de 2025

www.elexpositorpublica.com